

# Diálogos entre la historia y la arqueología: Teotihuacan, de metrópolis prehispánica a cacicazgo virreinal

Dialogues Between History and Archeology: Teotihuacan, Pre-Hispanic  
Metropolis and Viceregal Cacicazgo

**Natàlia Moragas Segura**

Departamento de Historia y Arqueología, Universitat de Barcelona, España  
*nataliamoragas@ub.edu*

**Luís J. Abejz**

Laboratorio de Patrimonio y Turismo Cultural (LAB-PATC). Red IBERTUR/Universitat de Barcelona, España  
*abejz@gmail.com*

**Resumen:** La llegada de los europeos a América supone un punto de inflexión para la investigación de los nativos americanos al poder incorporar al estudio de su cultura material la información procedente de los textos escritos. Es por ello necesario establecer un diálogo crítico entre la arqueología y la historia que nos permita superar las limitaciones y potenciar las virtudes que ambas disciplinas presentan. En este trabajo se pretende contextualizar los datos proporcionados por las fuentes históricas y arqueológicas para comprender la poliédrica realidad social del Valle de Teotihuacan entre 1500 y 1650 d. C.

**Palabras clave:** Teotihuacan; cambio cultural; Virreinato; Nueva España; siglos XVI-XVII.

**Abstract:** The arrival of Europeans in America is a turning point in Native American research because we can incorporate the study of material culture and written sources. It is therefore necessary to establish a critical dialogue between archaeology and history that allows us to overcome the limitations present in both disciplines and strengthen their virtues. This paper aims to contextualize the data provided by historical and archaeological sources to understand the multifaceted social reality of the Teotihuacan Valley between 1500 and 1650 A.D.

**Keywords:** Teotihuacan, cultural change, Viceroyalty; New Spain; 16<sup>th</sup>-17<sup>th</sup> centuries.

Recibido: 27 de mayo de 2016; aceptado: 17 de julio de 2017



INDIANA 34.2 (2017): 233-264  
ISSN 0341-8642, DOI 10.18441/ind.v34i2.233-264  
© Ibero-Amerikanisches Institut, Stiftung Preußischer Kulturbesitz

### Introducción

El valle de Teotihuacan (Figura 1), situado en la Cuenca de México, es bien conocido por todos aquellos que se dedican a la arqueología prehispánica por haber albergado el desarrollo, auge y caída de la gran cultura teotihuacana desde el Preclásico tardío y durante todo el Clásico (200 a. C.-650 d. C.). Teotihuacan fue una cultura eminentemente urbana que llegó a convertirse en un referente político y cultural para el resto de Mesoamérica al vincular y concentrar la política, la economía y la ideología de todo el Altiplano Central, hasta el punto que su colapso marcó el paso del periodo Clásico al Epiclásico (650-900 d. C.) y condicionó el posterior desarrollo histórico en toda esta área. A partir de aquel momento, el Valle perdió progresivamente el poder político que hasta aquel entonces había ostentado y entró en un largo proceso de ruralización y de cierta marginalización cultural y social cuyas características aún no conocemos del todo.

Teotihuacan no es el caso de una ciudad más perdida en el tiempo, sino el de una extraordinaria sociedad, compleja, estratificada y jerarquizada, que desde su conformación como gran metrópolis hacia el siglo I a. C. hasta, incluso, la época colonial temprana, representó un espacio multicultural, intercultural y socialmente poliédrico. Existen evidencias arqueológicas que indican que a lo largo de todo el periodo prehispánico diferentes grupos étnicos coexistieron en el mismo espacio urbano y establecieron amplias redes de intercambio; desarrollaron y conformaron elementos culturales complejos y particulares de lo teotihuacano; y definieron con claridad diversas clases sociales constituidas según sus diferentes niveles económicos.

A la llegada de los españoles en 1519, la ciudad se encontraba totalmente en ruinas y se había convertido en una referencia mítica para los mexicas, la nación que en aquellos momentos dominaba la región. No obstante, en el Valle seguían existiendo grupos de población que estaban sometidos al dominio de los acolhua de Texcoco. La toma de la capital mexica, México-Tenochtitlán, por las tropas de Hernán Cortés y sus aliados el 13 de agosto de 1521, tradicionalmente se ha considerado como el final del periodo prehispánico en Mesoamérica y el inicio del establecimiento del imperio español en el territorio. Esta fecha inicia también una compleja implantación de nuevas estructuras sociales, políticas, económicas y administrativas en un extenso espacio en plena conquista militar y evangelizadora que tendrán, sin embargo, sus dinámicas particulares, tanto regionales como locales.

El valle de Teotihuacan, por tanto, reúne una serie de características que lo hacen extraordinariamente valioso como sujeto de estudio para el conocimiento de esos primeros momentos de contacto: su cercanía con el centro del poder regional dominante, Tenochtitlan/México, antes y después de la conquista española, lo que nos muestra una sucesión temporal ininterrumpida que facilita la interpretación comparativa y la comprensión del proceso a largo plazo; un tamaño espacial adecuado, que permite establecer un modelo

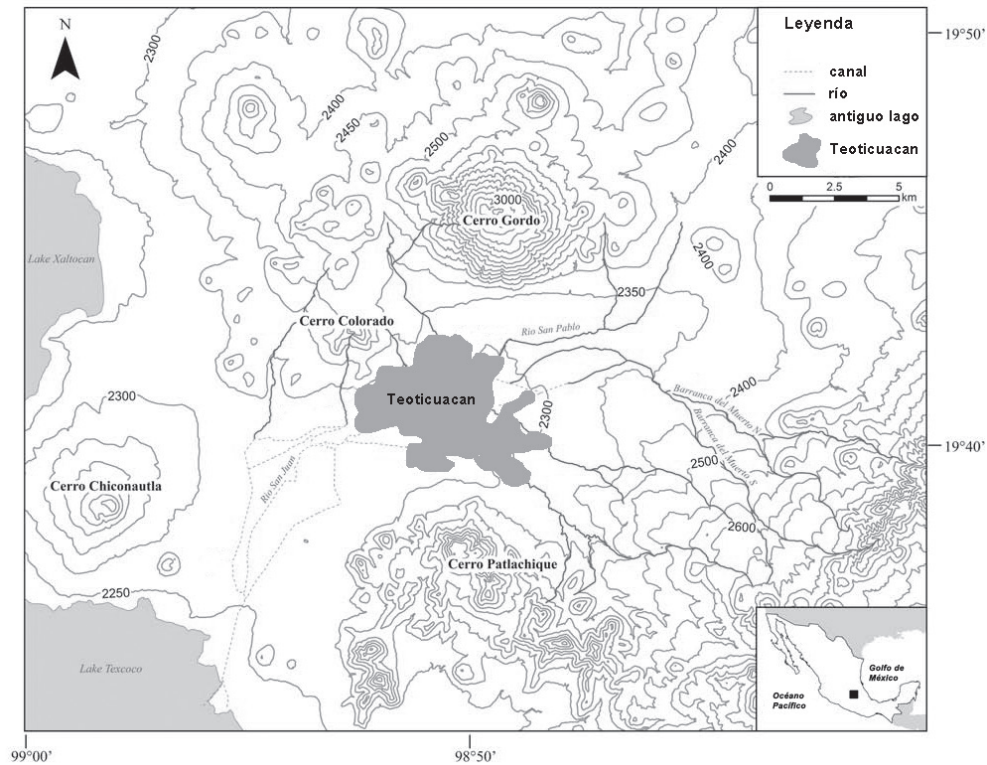


Figura 1. Mapa del valle de Teotihuacan (basado en McClung de Tapia & Adriano-Morán 2012: 163 y Cowgill 2015: 33).

social contrastable en diferentes escalas de tiempo; y la posibilidad de crear un ejemplo de caso susceptible de ser aplicado para comprender las diferentes dinámicas socioculturales que puedan darse en otros espacios semejantes.

En este artículo se presenta una primera aproximación a las interpretaciones que conjuntamente desde la historia y la arqueología se pueden realizar sobre la estructura territorial del valle de Teotihuacan desde el siglo XVI hasta mediados del XVII. Para obtener una imagen precisa de la realidad de este espacio en aquellos momentos y conocer el ordenamiento y gestión del territorio y de sus habitantes es fundamental la documentación escrita generada tanto en la península como en el territorio novohispano, así como la información procedente del registro arqueológico. Para ello, haremos una somera revisión de las fuentes históricas y arqueológicas, observando las principales semejanzas y diferencias existentes entre ellas. Nuestra propuesta es que sólo a través de un análisis

interdisciplinar, crítico y comparativo, es posible entender de forma integral los procesos de cambio, transformación y permanencia de la sociedad que se dieron durante el período colonial en el valle de Teotihuacan.

### **El eterno debate entre la arqueología y la historia.**

La relación entre la arqueología y la historia ha estado tradicionalmente marcada por un constante, intenso y complejo diálogo, caracterizado por mantener encendidos debates en torno a los límites y a los objetos de sus investigaciones; a la manera de articular ambas disciplinas adecuadamente y, en igual medida, al grado de subordinación que debiera de tener una con respecto a la otra. En el Viejo Mundo, a pesar del enorme peso que los estudios sobre la prehistoria –muy alejados de los períodos con fuentes escritas– han tenido en su desarrollo como disciplina, desde sus inicios la arqueología ha mantenido una estrecha relación con la historia, probablemente debido al haber tenido su origen en la historia del arte y en el estudio de la antigüedad clásica greco-romana (Trigger 1992), para la cual se contaba con una abundante documentación escrita capaz de validar o no los hallazgos arqueológicos. De este modo, desde un primer momento la arqueología –incluyendo la prehistórica– fue directamente asociada con la historia, su enseñanza se dio en las facultades de historia y los conocimientos que ha generado han sido considerados tradicionalmente como históricos o, al menos, así se ha pretendido.

Por el contrario, la arqueología en América se subdividió de inmediato en dos periodos claramente diferenciados, el prehistórico y el colonial, establecidos arbitrariamente y erróneamente sobre la existencia o no de fuentes escritas. Por un lado, la arqueología prehistórica, prehispanica o precolonial, estudiaba las poblaciones americanas anteriores a la presencia de los europeos. Estas sociedades, vistas desde una perspectiva claramente eurocentrista, eran consideradas como ágrafas, al entenderse que la escritura se introdujo con la llegada de los europeos, obviando el hecho que otros sistemas de representación gráfica para la transmisión de la información ya se encontraban presentes mucho antes de su arribada.

Asimismo, y prácticamente desde sus inicios, la arqueología prehistórica se asoció con la antropología, dado que su objeto de estudio –los nativos americanos– casi se podía estudiar de una forma directa en el presente a través de sus descendientes, pudiendo observar en el registro arqueológico “the instant transformation of anthropological data into archaeological remains” (Chang 1967: 5). De hecho, para algunos autores, particularmente pertenecientes a la *New Archaeology*, la arqueología no era más que “el tiempo pasado de la antropología cultural” (Renfrew & Bahn 1993: 9), lo que explica por qué las inferencias etnoarqueológicas se difundieron, con mayores o menores reticencias, por todo el continente junto con esta corriente.

Por su parte, la arqueología colonial o arqueología de los sitios históricos (Harrington 1952), se dedicó a labores de investigación, conservación y restauración de los sitios históricos más relevantes asociados con la presencia de los europeos, teniendo la mayor parte de ellos una clara motivación política y de afirmación nacional (Schuyler 1976). Posteriormente, los estudios de este periodo fueron derivando en lo que en la actualidad se denomina como arqueología histórica, aunque desde su nacimiento –en la década de 1960– tampoco ha estado exenta de polémicas, manteniendo desde entonces importantes debates con respecto a su definición como disciplina y su relación con la historia y los textos escritos, siendo especialmente significativas las diferencias entre aquellos que la entienden como el estudio de toda cultura y periodo con fuentes escritas y los que la conciben como el estudio de los procesos que dieron lugar al mundo moderno a partir de la expansión europea de finales de la Edad Media (véase Montón & Abejz 2015). A partir de esta discusión, algunos autores han defendido que la arqueología no es más –ni menos– que una ciencia auxiliar de la historia, la célebre “handmaiden to history” acuñada por Hume (1964: 215), o la no menos célebre “historia armada de una pala”, en palabras de A. V. Artsikovsky (en Klejn 1993: 55). Por el contrario, otros autores han relativizado esta supuesta dependencia, al entender que si bien el conocimiento del contexto material –arqueológico– debería necesariamente formar parte de una correcta interpretación histórica y, por tanto, se podría deducir que la arqueología se encuentra al servicio de la historia, igualmente los documentos escritos pueden ser considerados como una expresión más de la cultura material de una sociedad en una determinada época, al igual que una pintura, un mosaico o una cerámica. De este modo, si se supone que del estudio de la cultura material se encarga exclusivamente la arqueología, de ello también podría desprenderse que la disciplina encargada de la investigación de los textos –la historia– fuera una parte de ella (Hodder 1988: 24-25). En cierto modo, como reza un antiguo lema, ‘tanto monta, monta tanto’.

El fondo de la cuestión de esta estéril polémica siempre ha sido la dificultad para establecer y definir la manera en que diversas disciplinas deben de relacionarse e interactuar unas con otras. Frente a los estudios tradicionales, basados en una acumulación de conocimientos procedentes de diferentes disciplinas (multi o pluridisciplinariedad), la dinámica interdisciplinar crea un espacio híbrido que integra esos conocimientos de una forma sintética, al mismo tiempo que establece, de forma general, un proceso interactivo entre disciplinas capaz de enriquecerlas a nivel teórico y práctico, tanto individualmente como si se las considera formando parte de un conjunto. Esta capacidad es particularmente significativa en la relación que puede establecerse entre historiadores y arqueólogos por la afinidad que todos ellos tienen con respecto a su objeto de estudio y el objetivo que persiguen, que no es otro que conocer el pasado y el papel que en él han desempeñado los seres humanos.

Si tenemos en cuenta que todas las sociedades humanas, pasadas y presentes, han sido y son realidades sumamente complejas, para llegar a ser explicadas satisfactoriamente es necesario estudiarlas de igual modo, es decir, como conjuntos complejos e integrados que requieren de aproximaciones igualmente integradas e interdisciplinares y de enfoques transversales. Abordarlas de otra manera, en la práctica no solamente conlleva la fragmentación de su conocimiento sino la incomunicación interdisciplinaria, lo que tiene graves y negativas consecuencias para el proceso de investigación y, sobre todo, de interpretación.

En este sentido, la arqueología se encuentra en una situación de privilegio frente a otras disciplinas, incluida la historia. Como en su momento explicó Wheeler (1961: 10), la arqueología “es ante todo un proceso de síntesis” que se nutre del evidente carácter interdisciplinar que intrínsecamente tiene (Schiffer 1988), dado que aunque es, en esencia, una ciencia social, a lo largo de su desarrollo como disciplina científica ha tenido que incorporar y ha sabido integrar con eficacia métodos y técnicas procedentes de otros campos científicos, especialmente de las ciencias naturales (Butzer 1982), lo que le ha permitido obtener esa capacidad integradora que la ha llevado a convertirse en lo que se ha denominado una “ciencia diagonal” (Tamayo 2003: 71).

Es posible, por tanto, que entre historiadores y arqueólogos se pueda producir un diálogo especialmente constructivo, tanto a través de los textos como de los materiales como puentes dialécticos, lo que les permitiría a todos ellos ir mucho más allá en sus lecturas e interpretaciones de lo que serían capaces de alcanzar por separado. Es destacable que aún sin existir una expresa voluntariedad para establecer este tipo de relaciones, los contactos habidos a lo largo del tiempo han producido importantes cambios y evoluciones en ambas disciplinas.

Desde mediados del siglo xx, la influencia de la sociología y de la historia incidió en que un buen número de arqueólogos comenzaran a asumir la subjetividad científica de sus investigaciones y abandonaran “la seguridad positivista” que les había caracterizado hasta entonces (Trigger 1992: 13) y que, en cierto modo, había sido la causa del carácter predominantemente técnico-descriptivo del que se acusaba –y aún en la actualidad se continúa acusando– a una gran parte de sus estudios. En este sentido, el subjetivismo postprocesual, más cercano a la interpretación histórica que sus predecesores de la *New Archaeology*, ha intentado –con mayor o menor éxito– desterrar ese ‘cientificismo’ del discurso arqueológico y abordar las explicaciones con una mayor carga pedagógica. ¿Por qué los arqueólogos no narran –se preguntaba González-Ruibal (2006)– y se centran en la descripción de los objetos y no en explicar las relaciones entre los objetos y las personas? El mismo autor se contestaba al declarar que esta actitud se debía, fundamentalmente, al “miedo de inventarse cosas, de ir más allá de lo que los datos permiten decir, de traicionar la naturaleza científica de la arqueología” (González-Ruibal 2006: 244).

Sin embargo, la inexistencia de una narrativa ‘deshumaniza’ los estudios arqueológicos y los convierte en meras memorias de actividades que acaban siendo olvidadas en un rincón. Por ello, la arqueología “debe tratar de contar el pasado de una forma narrativa, con todo lo que ello implica desde un punto de vista literario” (González-Ruibal 2006: 245), con el fin de llegar a hacerla comprensible para la sociedad pues, al fin y al cabo, es a la sociedad a la que la arqueología sirve en última instancia.

Por su parte, la influencia de la arqueología ha permitido a los historiadores tomar conciencia de la parcialidad de la información que utilizan y de las posibilidades que supone incorporar la información arqueológica, especialmente para aquellos periodos para los que no se disponen o son escasas las fuentes escritas directas. De este modo, temáticas, perspectivas y campos de estudio habituales para la arqueología comenzaron ser apreciados por los historiadores para poder desarrollar una narrativa histórica mucho más amplia, de larga temporalidad y rica en matices, más alejada de los grandes acontecimientos y de los personajes históricos y cercana a las personas anónimas del pasado, con lo que ha llegado a reconocer y valorar el papel de los objetos de una forma similar al de las ideas en la formación y desarrollo de las sociedades humanas y en la construcción de las identidades.

En un viaje de ida y vuelta, la historia –la Escuela de los Annales– entendió la enorme potencialidad que significaba el estudio de la cultura material para realizar una historia de lo cotidiano que, finalmente, también tuvo su reflejo en la propia arqueología, particularmente en la arqueología histórica y en la arqueología social latinoamericana, al abrirla hacia una mayor presencia de los aspectos sociales y al estudio de los grupos excluidos de las interpretaciones y de los discursos históricos tradicionales, la denominada “gente sin historia” (Wolf 1982), lo cual ha conseguido acercar ambas disciplinas de una manera como nunca antes lo habían hecho.

No obstante, es innegable que en esta relación la arqueología ha tenido un mayor interés por aproximarse a la historia que al contrario (Jack 1993), quizás por haber existido entre los historiadores una cierta tendencia a aceptar que en todos los casos existe la validez informativa de las fuentes escritas, tanto de una forma literal como sublimar, dado que entienden que de una manera u otra los textos siempre poseen una carga informativa intrínseca, que puede ser explícita del hecho histórico que están describiendo o como reflejo de la época en el que fueron escritos. Por este motivo, normalmente la historia nunca ha tenido la urgente necesidad de validar la información de sus fuentes primarias con la arqueología, si exceptuamos los intentos por establecer la verosimilitud y exactitud histórica de las Sagradas Escrituras por medio de la arqueología bíblica, aunque en este caso más que verificar los textos de lo que se trata es de legitimarlos.

Por otro lado, una parte importante en la problemática que genera la relación entre estas dos disciplinas se encuentra en la discusión sobre cuál de las informaciones –arqueológica o histórica– se considera más o menos fiable y objetiva, y cuál de ellas



debe de ser la que establezca las hipótesis y lidere el trabajo de investigación, lo cual es especialmente habitual en todos aquellos espacios y contextos para los que se dispone de las dos informaciones. Sin embargo, es evidente que ambas fuentes proporcionan un tipo de información diferente. Los textos escritos, aun en el caso de haber sido realizados bajo un mandato que los orientara y determinara, como fueron las Relaciones Geográficas de Indias encargadas por la corona española, siempre han tenido un carácter eminentemente personal e individual, pues fueron redactados desde una particular perspectiva y perseguían unos determinados objetivos, más o menos explícitos.

Por el contrario, la información arqueológica debe su existencia a la casualidad, al no ser una información producida intencionadamente sino consecuencia del azar y de múltiples factores que en su momento y a lo largo del tiempo se han ido sumando y han acabado por generar el registro arqueológico tal y como lo encontramos en el presente. No obstante, aunque su información tiene un grado aparentemente mayor de objetividad que los textos escritos para describir la sociedad que la originó, esos mismos factores que crearon selectivamente el registro arqueológico conservaron o destruyeron unos aspectos u otros, con lo que lo convierten también en un reflejo parcial del pasado y su estudio origina un análisis incompleto de la realidad, no una verdad inmutable y completa sobre la misma (Carver *et al.* 1992: 2.2.1).

El debate, entonces, no es en torno a qué tipo de información reproduce con mayor o menor exactitud el pasado o cuál de ellas debe de plantearse como prioritaria en una investigación interdisciplinar. Ni se trata de generar –como habitualmente ha sucedido– una competencia en donde cada disciplina aporta su información con objeto de criticar a la otra, sino de establecer un eficaz marco para desarrollar un proceso de colaboración que supere el estudio disciplinar y determine la manera en que el cruce de datos entre ambas disciplinas lo haga más efectivo y nos permita alcanzar una visión del pasado mucho más holística al mismo tiempo que aproximada en detalles.

### **La colaboración entre la arqueología y la historia en México**

El desarrollo de la arqueología en México viene marcado por el rechazo político hacia el pasado español del que México se había independizado, lo que impulsó la arqueología prehispánica con el fin de proporcionar una base ideológica para construir la nueva identidad nacional (Lorenzo 1984). En este contexto, era lógico que la arqueología se fijara en Teotihuacan, por su cercanía a la capital del país y, por tanto, al centro político e intelectual del mismo, así como por la monumentalidad de sus estructuras principales. Pero, sobre todo, por el hecho que los pueblos antiguos, como los mexicas, incorporaran Teotihuacan a sus mitos y leyendas legitimadoras, lo que favoreció que la presencia de la antigua ciudad en la historia y la memoria del México colonial e independiente se mantuviera en el tiempo.



Por este motivo, la Presidencia de la República realizó un gran proyecto arqueológico a principios de siglo xx en Teotihuacan para conmemorar el primer Centenario de la Independencia de México, utilizando como recurso propagandístico y elemento simbólico la excavación de la Pirámide del Sol.<sup>1</sup> Es bien conocida la trascendencia de este evento en la arqueología mexicana, así como la figura de su controvertido arqueólogo, don Leopoldo Batres, ‘oficialista del régimen’, con respecto a la reconstrucción que realizó de un cuerpo de la Pirámide y el debate de si utilizó o no dinamita para sacar los escombros. Anecdótico aparte, se puede decir que a partir de esa fecha las investigaciones y excavaciones arqueológicas en Teotihuacan devinieron una constante, con mayor o menor intensidad, hasta la actualidad.

De este modo, por una mera cuestión temporal, se fraguó un primer divorcio entre la arqueología y la historia en México. Por un lado, la arqueología mexicana se centró en el estudio de las culturas prehispánicas y quedó vinculada de una manera indisoluble con la historia de la arqueología de Teotihuacan. Por otro lado, el conocimiento del periodo colonial quedó en manos de otras disciplinas, particularmente de los historiadores e historiadores del arte.

Sin embargo, la arqueología moderna en México se inició con Manuel Gamio, quien durante su formación en la Universidad de Columbia recibió las influencias de los grandes maestros de la época: Alfred Tozzer, Alfred V. Kidder, John Alden Mason o Eduardo Seler, entre otros. Manuel Gamio abrió una nueva época en la arqueología mexicana y prestó especial atención a los estudios en el Altiplano Central, en donde su proyecto en el valle de Teotihuacan (1922) se convirtió en un referente internacional en la investigación interdisciplinaria durante años. En este proyecto, Gamio no solamente vertió su ideario político sino que, como indigenista, consideró a la antropología como la disciplina más capaz e idónea para coordinar los trabajos arqueológicos.<sup>2</sup> Cuando,

- 
- 1 A finales del siglo xix y principios del siglo xx, la arqueología en México adolecía de muchas de las metodologías de campo que hoy en día se consideran indispensables para el correcto desarrollo de una excavación. Asimismo, apenas se conocía la secuencia cronológica de las diversas culturas que ocuparon la Cuenca de México, por lo que era habitual que existieran confusiones en la interpretación de la cultura material. Por este motivo, en un principio se asumió que la estructura más visible de Teotihuacan, la Pirámide del Sol, pertenecía a la cultura mexicana. Por lo tanto, de inmediato se convirtió en el ejemplo más preclaro del ingenio, la majestuosidad y el poder del último pueblo prehispánico anterior a la llegada de los españoles.
  - 2 Los antecedentes de la ideología que subyace en esta obra se pueden observar en los cuatro puntos fundamentales del programa de la Dirección de Antropología (1917), de la que Manuel Gamio fue fundador. Los cuatro puntos consisten en: “I. El carácter cultural del problema del indio que no es de incapacidad étnica ni pueda solucionarse socavando su forma de vida, eliminando sus valores; II. La utilización de los conocimientos científicos para resolver problemas sociales; III. Investigación integral de la población, examinando todos los aspectos social, cultural, educativo y antropológico y no uno sólo; [...] IV. La profundidad y amplitud de los estudios, que deben comprender todos los antecedentes y llegar a la situación contemporánea” (González Gamio 2003: 62).

casi medio siglo más tarde, llegaron a México las influencias de la *New Archaeology* y de su máxima “la arqueología o es antropología o no es nada” (Binford 1962), el terreno ya había sido previamente abonado y la arqueología mexicana quedó vinculada definitivamente a la antropología, ahondando así el divorcio con la historia. Un divorcio que tenía aún un menor sentido debido a la abundancia de fuentes escritas, prehispánicas y coloniales, que son absolutamente imprescindibles para profundizar en el conocimiento de las culturas indígenas.

### **La arqueología colonial e histórica en México**

Por todo ello, el estudio del periodo colonial en México y, por tanto, del Teotihuacan de los siglos XVI al XVIII, en gran medida ha sido una de las asignaturas pendientes de la arqueología en el país. A pesar de los evidentes esfuerzos realizados en estas últimas décadas para ponerse al nivel que le corresponde por su extraordinario patrimonio histórico y por la excelencia de sus profesionales, tanto la arqueología colonial –aquella que estudia los materiales arqueológicos pertenecientes al periodo histórico que se inicia con la llegada de los europeos– como la arqueología histórica, en sus dos acepciones anteriormente comentadas, siguen teniendo un considerable retraso en cuanto a la cantidad de sus investigaciones, la variedad de las temáticas que abordan y, sobre todo, en cuanto a su irregular distribución en el territorio.

No obstante, esto no significa que la arqueología de este período haya sido inexistente en México sino que durante largo tiempo ha sido residual, minoritaria y casi testimonial, limitándose a la recuperación de materiales coloniales en proyectos de arqueología prehispánica y, fundamentalmente, a labores de salvamento arqueológico y a rescates arquitectónicos de edificios históricos con vistas a su posterior restauración (Fournier y Miranda 1992; Fournier 2003). Incluso a partir de la década de 1970, cuando el incremento de las obras públicas e infraestructuras en todo el país –especialmente en la Ciudad de México– impulsó el auge de la arqueología urbana y el pasado colonial y su estudio arqueológico comenzó a ser tímidamente valorado, siguió estando lejos de contar con una firme voluntad política o académica que desarrollase e impulsara definitivamente este tipo de estudios (Martínez Muriel 1988; Fournier & Miranda 1992; Hernández Pons 1998; García Moll 2000), aunque el interés particular de algunos profesionales hizo que su número se incrementara sustancialmente. Sin embargo, el centro y el sur del país siguieron concentrando, al igual que en la arqueología prehispánica, la mayoría de los trabajos,<sup>3</sup> y los salvamentos en obras públicas y, especialmente, en edificios religiosos, han continuado siendo el grueso de estas investigaciones.

3 Como se puede observar en las actas del primer congreso de arqueología histórica celebrado en México en 1998 (véase Fernández Dávila & Gómez Serafín 1998).

Es por ello que el conocimiento de la sociedad indígena de la Nueva España fue, durante largo tiempo, doblemente ignorado, tanto por los historiadores como por los arqueólogos. Los primeros estaban más interesados en describir –siempre desde la perspectiva de los vencedores– los logros de la conquista y los personajes que la protagonizaron, así como los diferentes aspectos de la administración virreinal y la inserción de la Colonia en el imperio español. Por su parte, con la excepción de Manuel Gamio, del que, como decíamos, su trabajo en el valle de Teotihuacan (1922) tenía un fuerte componente indigenista y por ello abordó su investigación desde una perspectiva integral que abarcaba desde época prehispánica hasta el siglo xx, para la mayoría de los arqueólogos sólo las culturas prehispánicas representaban con fidelidad a las sociedades nativas, arrasadas por las guerras, las enfermedades y la explotación a la que fueron sometidas por los españoles y, por tanto, las consideraban ya desaparecidas.

Por este motivo, fueron otras las disciplinas, como la etnología, la lingüística, la historia del arte o la antropología, las que intentaron observar –desde una visión actualista– las consecuencias que tuvo el contacto en determinados aspectos de los diferentes grupos que habían conformado la población novohispana, aunque sin llegar a concebirlas totalmente como un objeto de estudio por sí mismos, ni a reconstruir sus características y desarrollos particulares durante aquel periodo.

No existía, por tanto, la percepción que la conquista hubiera supuesto un punto de inflexión en el desarrollo de las sociedades indígenas sino de ruptura total y absoluta con el pasado, y que éstas habían sido asimiladas completamente e intentaron sobrevivir culturalmente bajo el manto de un sincretismo asimétrico que mantenía tan sólo aquellos aspectos que interesaban a los españoles (Nutini 1988), o que habían quedado relegadas a una situación de extrema marginalidad frente a la pujanza de una sociedad mestiza, reconstruida identitariamente y ajena a los valores y costumbres de sus antepasados (Abejón 2011).

Fue desde mediados del siglo xx cuando comenzaron los estudios históricos que ponían mayor énfasis en el papel que habían tenido los indígenas y otros grupos durante la Colonia, sobre todo a partir de algunos trabajos realizados sobre diferentes aspectos de la economía colonial –transporte, minería, producción de alimentos, tributos, etc.– y el análisis demográfico. Sin embargo, ha sido la etnohistoria, con estudios particulares sobre algunos grupos indígenas (por ejemplo Gruzinski 1996; Gibson 2003) y otros grupos subordinados, como los negros africanos, esclavos y cimarrones (por ejemplo Aguirre Beltrán 1946, 1958; Carroll 1991), y la arqueología histórica, las disciplinas que han conseguido integrar la información histórica y arqueológica más eficientemente, especialmente en estos últimos años, centrandose el foco de sus investigaciones sobre todos estos grupos sociales excluidos de la ‘historia oficial’ (Wolf 1982; Little 1994).

En este sentido, y cada vez más, se observa una tendencia a derivar los temas de estudio de lo meramente arquitectónico hacia la comprensión de las dinámicas sociales y de la vida cotidiana durante la Colonia, impulsando el conocimiento de estos grupos de los que anteriormente poco se conocía, de los que apenas ha quedado constancia en la documentación escrita, y para los que el impacto de la conquista y la colonización hispana supuso un cambio trascendental en su modo de vida, en sus costumbres y en sus relaciones con el territorio, la población y el poder, aspectos que pueden ser observados en los restos materiales que dejaron (Fournier & Charlton 1996-1997, 2008; Rodríguez-Alegría 2008, 2010, 2016; Tiesler, Zabala & Cucina 2010), acercándose así más al concepto de arqueología histórica que en estos momentos predomina (Montón & Abejez 2015).

### **El valle de Teotihuacan en época colonial desde la arqueología**

Al igual que en el resto del país y por los mismos motivos expresados en las páginas precedentes, la arqueología del periodo colonial se encuentra muy poco desarrollada en el valle de Teotihuacan, en donde el estudio de la antigua ciudad prehispánica –la gran metrópoli del periodo clásico– prácticamente ha monopolizado la investigación arqueológica. Es por ello que salvo alguna destacada excepción, como el trabajo pionero que Ignacio Marquina realizó en 1925 en el antiguo convento agustino de Acolman en el marco del proyecto que Manuel Gamio llevó a cabo sobre la población del valle de México, la mayor parte de los datos proceden de excavaciones de salvamento arqueológico y/o de hallazgos casuales. Puede parecer obvio pero a su vez resulta muy significativo que, a diferencia de otros lugares, como Cholula, en donde se construyó la Iglesia de la Virgen de los Remedios sobre la estructura prehispánica principal, no se produjo el mismo fenómeno en Teotihuacan, que se mantuvo en ruinas durante siglos. Es posible que la razón se encuentre en la excepcionalidad del lugar, en el carácter religioso y simbólico que siempre conservó, y en el hecho que existió una continuidad del poder acolhua en el territorio teotihuacano, lo que supuso que el centro del poder político y religioso se mantuviera y consolidara bajo nuevas formas en el actual San Juan Teotihuacan, en donde se dio el paso del tlatoani acolhua al cacique indígena, del *tecpan* (palacio) y el *cue* (templo) a la iglesia franciscana sin grandes rupturas (Garraty 2000, 2006a).

La década de los años sesenta marcó un punto de inflexión en el desarrollo de la arqueología teotihuacana pero también, en general, de toda la arqueología del valle de México. El Instituto Nacional de Antropología e Historia, con la dirección de Ignacio Bernal, desarrolló el “Proyecto Teotihuacan 62-64”, que se focalizó en el centro ceremonial de la ciudad. René Millon, asimismo, llevó a cabo el “Teotihuacan Mapping Project”, elaborando la planimetría de todo el Valle (Millon, Drewitt & Cowgill 1973). Y, entre 1960 y 1975, Sanders, Parsons & Santley (1979) realizaron el recorrido del valle de México que sirvió de base para numerosas investigaciones y trabajos posteriores,

entre ellos, los informes arqueológicos detallados del valle de Teotihuacan que el mismo Sanders y su equipo publicaron en los años siguientes (Sanders & Evans 2001).

Es en este contexto en el que Charlton (1970, 1972) diseñó y presentó una investigación conducente a comprender la cultura material del periodo Colonial (1521-1810) y Republicano (1810-1960) que permitiera realizar una primera tipología cerámica de este periodo y entender cómo se dio el proceso conquistador en el valle de Teotihuacan.<sup>4</sup>

De este modo se observó que durante todo el siglo *xvi* y la primera mitad del *xvii* la cultura material en el Valle se caracterizó por ser, mayoritariamente, de base local y de tradición indígena (Charlton 1972; Seifert 1977; Otis & Charlton 2007), como la cerámica Azteca V negro sobre naranja; que se mantuvo el uso de utensilios de obsidiana ante la escasez de herramientas de hierro (Cressey 1974); y que la introducción de nuevas cerámicas, como la mayólica producida en América y la porcelana china importada a través del galeón de Manila fue escasa y con una distribución minoritaria, aunque no hay suficientes datos para poderlas relacionar con determinadas clases o grupos sociales.

En las regiones rurales de la Nueva España, como es el caso, las evidencias históricas, etnohistóricas y arqueológicas sugieren que existió un alto nivel de retención y permanencia de las tradiciones indígenas a lo largo del periodo virreinal, muy diferente de lo que sucedió en las ciudades (Charlton & Fournier 1993), en donde la mayor presencia de población hispana demandaba productos peninsulares o sus correspondientes producidos localmente.

Durante casi los dos primeros siglos de la Colonia el impacto de la presencia hispana en los ámbitos urbano y rural fue muy desigual, manifestándose en el patrón de asentamiento, en el grado de urbanización y el tipo de las unidades habitacionales (Fournier & Charlton 1996-1997: 58). Esta situación era un reflejo de la política de separación existente entre la ‘república de indios’ y la de españoles impulsada desde la Corona, que se materializaba sobre el territorio en una separación física –aunque cada vez menor– entre españoles y criollos, por un lado, que ocupaban las ciudades y las villas, y los indígenas que vivían en el campo.

Existen, no obstante, algunas novedades que se relacionan con claridad con la introducción de nuevas técnicas constructivas y cambios en la producción en el Valle tras la llegada de los españoles, como la presencia de ladrillos de manufactura hispana –aunque realizados con materiales locales– en la iglesia de San Miguel Axaloapan, de finales del siglo *xviii* (Charlton 1972: 206; Seifert 1977: 66), y la presencia de malacates de características distintas a los indígenas y que se utilizaban para hilar la lana (Wiltfang 1975).

<sup>4</sup> Este proyecto siguió las secuencias y las bases teóricas y metodológicas del “Teotihuacan Basin Project” y del “Basin of Mexico Project” de William Sanders y su equipo. Para ello combinó el recorrido de superficie con excavaciones, las cuales proveyeron materiales cerámicos para poder hacer una tipología base de la cerámica post Contacto. Lamentablemente, no tenemos una tipología detallada de esa época, pero sí aportaciones posteriores realizadas por los mismos Charlton, Otis & Fournier (2005) que nos dotan de una buena base tipológica para este periodo.

Asimismo, la presencia de un territorio fuertemente ruralizado y la continuidad en el patrón de asentamiento para los siglos XVI y siguientes se confirma en otros proyectos, como en el recorrido de superficie desarrollado por Alejandro Sarabia en la zona de Tecamac-Temascalapa, a pesar que sus investigaciones son preliminares (Sarabia González 2003). En términos generales, los resultados correspondientes son coherentes con los encontrados por Charlton y su equipo, que mostraban, igualmente, una zona ruralizada y dedicada a las actividades propias de la explotación de las tierras –pastos, nopales, magueyales y algunas áreas de árboles frutales– y con una cultura material de fuerte tradición indígena, tanto en los recipientes cerámicos como en la industria lítica (Cressey 1974: 107, 111). Según Charlton, se siguen explotando las minas de obsidiana de Otumba y se mantienen las formas tradicionales indígenas vinculadas con las actividades propias de la producción agrícola en la zona, que son progresivamente adaptadas a la incipiente producción ganadera. La obsidiana y la cerámica, por tanto, nos muestran la persistencia de la cultura material previa a la Conquista, al menos en lo que sería la población rural del Valle, y el cambio significativo se daría en la segunda mitad del siglo XVII (Charlton 1972; Cressey 1974: 111).

En el fondo, las permanencias sociales, económicas o políticas son una realidad que se tolera por las circunstancias de la postconquista, aceptadas mientras se establece e impone el nuevo orden colonial. De este modo, si durante el Postclásico tardío el centro del poder se trasladó de la zona monumental de las pirámides al actual pueblo de San Juan Teotihuacan, cerca de la zona de manantiales, con la llegada de los españoles se dio continuidad al asentamiento y al poder político y económico que representaba, lo cual se manifiesta en la construcción de la Iglesia de San Juan Bautista (1548), de las casas de los principales de la zona y de la plaza del tianguis, que ha podido ser identificada tal y como aparece en el mapa de las Relaciones Geográficas de 1580 (Andrade 2006).

### **El valle de Teotihuacan según las fuentes escritas: el escenario político-territorial**

La Cuenca de México es uno de los pocos lugares en donde sus particulares características geográficas e históricas permiten estudiar, a diferentes escalas, el desarrollo demográfico, social, cultural, etc. de una población desde época prehispánica hasta la actualidad (Sanders, Parsons & Santley 1979). Por este motivo, el valle de Teotihuacan fue sujeto de estudio de la magna obra que Manuel Gamio realizó en 1922 sobre su población a lo largo del tiempo (Gamio 1979). Sin embargo, desde este primer trabajo, han sido pocas las investigaciones que han encarado con la misma globalidad la problemática cultural en este territorio, con la excepción de algunos estudios realizados desde la geología (Mooser 1968) o la arqueología (Millon, Drewitt & Cowgill 1973; Sanders & Kolb 1996). Sin duda alguna, el propio desarrollo teórico de las disciplinas ha fomentado la sistematización del conocimiento, pero también su fragmentación.

Durante el Postclásico tardío (1200-1521), Teotihuacan se encontró sumida en los conflictos existentes entre las diversas ciudades-estado que componían el valle de México, pero ya no como el líder regional que había sido anteriormente sino como socio y aliado de Texcoco y tributando a este *altepetl* (Carrasco 1996: 211). Si bien la historiografía hace énfasis en lo mexica/azteca para referirse a este periodo, lo cierto es que deberíamos de considerar que el valle de Teotihuacan –o al menos una parte de él– estaba bajo hegemonía Acolhua y, por lo tanto, inmerso en las luchas que texcocanos, tepanecas y mexicas tenían por la hegemonía política. En 1420, Azcapotzalco conquistó Teotihuacan, pero la línea sucesoria local fue repuesta cuando, en 1428, Nezahualcoyotl (1402-1472), el *tlatoani* de Texcoco, reconquistó este territorio, reforzando el dominio Acolhua en el Valle al sujetarlo a la casa de Texcoco por redes de linaje y tributo.

No debe de obviarse, sin embargo, el creciente poder e influencia de los mexicas en el valle de México –que les llevó a dominar toda la región a la llegada de los españoles<sup>5</sup> ni su interés por Teotihuacan en su intento legitimador por incorporarla a los mitos fundacionales de su Estado (Carrasco 1974; López Luján 1993), apropiándose del carácter simbólico y religioso que tenía la antigua ‘Ciudad de los Dioses’. Aunque la reestructuración territorial de Nezahualcoyotl supuso una mayor influencia de los acolhuaque en Teotihuacan, Acolman, Tequicistlan y Tepexpan (Gibson 2003: 22), los conflictos siguieron con su hijo, Nezahualpilli (1464-1515), y los hijos de éste, Coanacochtzin e Ixtlilxochitl. Ante esta disputa dinástica, los mexicas intervinieron imponiendo a un tercer hijo, Cacama, para ocupar el altepetl, lo que supuso que, según fray Juan de Torquemada, Ixtlilxochitl se aliara con Hernán Cortés en contra de los aspirantes al trono de Texcoco y, en consecuencia, oponerse a los intereses mexicas (Torquemada 2013).

No obstante, a pesar de la importancia de la Casa de Texcoco en estos inicios de la Colonia y la cercanía al poder político del Virreinato de la Nueva España, Teotihuacan aparece de una manera marginal en la documentación oficial de la época, salvo en las disputas legales para la legitimación política que siguieron manteniendo los descendientes de los acolhuas. Asimismo, las “Relaciones Geográficas” que Felipe II mandó hacer de sus Reinos nos permite tener una imagen bastante clara del valle de Teotihuacan alrededor del año 1580 (Carrera Stampa 1968; Acuña 1985), en donde se nos muestra un centro hispanizado, con su plaza, caminos para caballos, ventas, casas y fuentes, además de las dos iglesias principales del Valle: el convento agustino de Acolman y el convento franciscano de San Juan Teotihuacan.

5 Según Gibson (2003: 25), cuando llegaron los españoles la jerarquía de los distintos grupos que ocupaban el Valle de México era, por status y poder, los mexicas, acolhuaques, tepanecas, chalcas, xochimilcas, cuitlahuacas, mixquicas, culhuaques y otomíes, en este orden.



Para estos momentos se dan dos pervivencias notables. Por un lado, al menos de una manera nominativa, el territorio que se presenta en el Mapa de las Relaciones coincide con el territorio sujeto en la reorganización territorial hecha por Nezahualcoyotl en el siglo xv; y, por otro, si en la época previa a la Conquista el *tlatoani* de Teotihuacan se encargaba de los pleitos de los nobles, durante el periodo Colonial temprano se mantuvo dicho acuerdo, pues los pleitos del cacicazgo también se gestionaron desde San Juan Teotihuacan al situarse allí los juzgados locales, tal y como se presenta en el Mapa Quinatzin (Hill Boone 2000: 192).

No sabemos si Teotihuacan fue escenario de graves conflictos en estos momentos iniciales de la Conquista aunque, probablemente, la alianza de Ixtlilxochitl con los españoles debió de mediar para amortiguar el impacto. Si aceptamos la versión que Fernando de Alva Ixtlilxochitl hace de sus ancestros, los acolhuas lucharon mano a mano con Hernán Cortés en la conquista de la capital mexicana (Alva Ixtlilxochitl 2006), lo cual se refuerza al observar que en los sucesivos pleitos por el cacicazgo de San Juan Teotihuacan se hizo especial énfasis tanto en la legitimidad del linaje en tiempos de la gentilidad como en el buen hacer de sus antepasados apoyando a los recién llegados.

### **El escenario político-territorial del valle de Teotihuacan según las fuentes.**

En términos generales la historia colonial del valle de Teotihuacan es poco conocida y ha sido escasamente trabajada, salvo algunas crónicas y relatos de autores emblemáticos de la historiografía mexicana que se encontraban familiarmente vinculados con el cacicazgo de San Juan Teotihuacan, como Fernando de Alva Ixtlilxochitl (1568(?)-1648) o Don Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700), y por algunos estudios vinculados a cuestiones genealógicas del cacicazgo y de pleitos de tierras (Carrasco 1974; Munch 1976; Gamio 1979; Alva Ixtlilxochitl 2006).

Es probable que esta falta de información se deba, en primer lugar, a la escasa importancia política y económica que Teotihuacan tuvo en la nueva administración colonial y, posteriormente, por el peso del pasado prehispánico en la Academia mexicana. Ello no quiere decir que no haya fuentes documentales sino que deben de ponerse en su propio contexto. Fray Bernardino de Sahagún, por ejemplo, en el siglo xvi nos ofrece las primeras descripciones de Teotihuacan en donde se remarca la imagen de una ciudad abandonada,<sup>6</sup> en cierta manera más parecida a la que se puede observar en los primeros grabados,

6 “Desde Tamoanchan iban a hacer sacrificios al pueblo llamado Teotihuacan, donde hicieron a honra del sol y de la luna dos montes, y en este pueblo se elegían los que habían de regir a los demás, por lo cual se llamó Teotihuacan, que quiere decir Ueitiuacan, lugar donde hacían señores. Allí también se enterraban los principales y señores, sobre cuyas sepulturas se mandaban hacer túmulos de tierra, que hoy se ven todavía y parecen como montecillos hechos a mano; y aún se ven todavía los hoyos donde sacaron las piedras, o peña de que se hicieron los dichos túmulos” (Fray Bernardino de Sahagún, Hist. Gen., Lib. X Cap. XXIX. En: Sahagún 1981: 72).

daguerrotipos y fotografías de la ciudad en el siglo XIX (Figura 2) que en las reconstrucciones arqueológicas posteriores de la Teotihuacan clásica. Esta imagen, asimismo, contrasta con la representación del espacio hispanizado que nos ofrece las “Relaciones Geográficas”, con los centros de San Juan Teotihuacan y Acolman y su red de caminos y de ventas que conectaban con la mayor parte de las poblaciones del Valle (Acuña 1985).

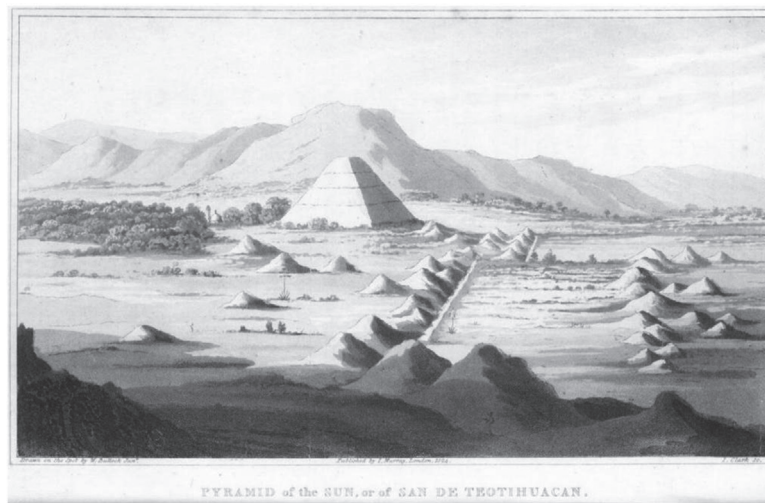


Figura 2. Teotihuacan a inicios del siglo XIX (fuente: Bullock 1824: 410-411).

La cercanía del Valle con Tenochtitlan hizo que fuera uno de los primeros lugares en ser conquistado tras la caída de la capital mexicana en 1521, aunque se dio continuidad al linaje indígena que lo gobernaba dado que la casa de Texcoco y sus descendientes—colaboradores con los españoles—siguieron manteniendo el poder político directo. No obstante, la reorganización política y administrativa colonial se implantó de una manera inmediata desde el momento en que Hernán Cortés otorgó en encomienda a Francisco Verdugo, en 1525, diversos territorios entre los que se encontraba el propio Valle, en donde el territorio que correspondía a la antigua ciudad-estado no varió en esencia, entre otras cosas gracias a que la propia orografía del terreno delimitaba el espacio visual y geográficamente. Esta continuidad se mantuvo también administrativamente hasta 1650, cuando se evidencia con mayor claridad una nueva reestructuración de la población a consecuencia de las epidemias y de la propia reorganización derivada de la política de las “congregaciones de indios”, la evangelización y la consolidación del orden colonial (Lockhart 1999; Gibson 2003; Garraty 2006a, 2006b).

En estos primeros años del Virreinato, Teotihuacan gozó del rango de cabecera, siendo Quetzalmamalitzin su gobernante, vinculado por matrimonio y vasallaje con el principal linaje de Texcoco (Gibson 2003: 48). Sabemos poco de este noble indígena pero ya en 1533 fue nombrado gobernador y cacique, tomando el nombre de Francisco Verdugo Quetzalmamalitzin, vinculándose así al encomendero de esas tierras Francisco Verdugo. Resulta difícil llegar a dilucidar las relaciones que Francisco Verdugo (español) y Francisco Verdugo (cacique indígena) pudieron haber tenido en vida, pero nos atrevemos a considerar que debieron de llevar una relación compleja, por el contexto histórico en la que se desarrolló y a tenor que ambos personajes habían nacido en una sociedad en la que las relaciones de vasallaje, aunque comunes, no estaban exentas de conflictos. Hay que señalar, no obstante, que el proceso de aculturación de las familias nobles indígenas debió de ser muy distinto para la primera generación que para sus sucesores. Los primeros, nacidos en una sociedad indígena pero adultos en un sistema político, administrativo y cultural ajeno, aunque formaron parte como gobernantes locales en la implantación del orden colonial (Gruzinski 1996) su posición no debió de ser nada fácil. El cacique Francisco Verdugo Quetzalmamalitzin tuvo que ser consciente que el poder político había cambiado drásticamente y que para mantener su propio estatus y el de sus descendientes –tanto en el Valle como con respecto al resto de la nobleza indígena acolhua y los nuevos señores– debía de manejarse con cautela. A nuestro entender, la relación entre ambos personajes probablemente estuvo marcada por el convencimiento del extremeño de su potestad sobre las tierras encomendadas y la tutela sobre el heredero de una noble estirpe indígena, y por la resignación de éste a su nuevo papel subordinado, aunque a falta de mayor documentación todo queda en meras especulaciones.

Por otro lado, en términos socioeconómicos, aunque el Valle era una zona productiva y apropiada para ser arada, también estaba limitada, y producía sobre todo materias primas vinculadas con la alimentación indígena y, por tanto, de poco interés, al menos de una manera inmediata, para los recién llegados.<sup>7</sup> En 1533, mientras Francisco Verdugo participaba en una expedición de conquista a Nueva Galicia, el joven Quetzalmamalitzin fue nombrado gobernador y cacique de San Juan Teotihuacan por Real Cédula, adoptando oficialmente el nombre de su encomendero y el de su familia, y como tal fue presentado ante una junta de nobles indígenas que lo presentaron, asimismo, a Don Pedro Tetlahuehuezquititzin, Señor de Texcoco. Con su matrimonio con Doña Ana, hija de Ixtlilxochitl el mozo, se dotó de una mayor legitimidad ante los nobles indígenas y, de esta manera, mantenía el equilibrio entre los dos poderes dominantes: el virreinal, en construcción, y el indígena (Carrasco 1974: 237). Bajo su cacicazgo y

<sup>7</sup> Las descripciones de tierras vinculadas a los pleitos que se desarrollan entre el cacicazgo de San Juan de Teotihuacan y otros propietarios muestran que la producción del valle no difiere esencialmente con lo que se produce hoy en día, es decir, maíz y, sobre todo, magueyes, nopales y tierras para pastos.

con San Juan Teotihuacan como cabecera del mismo, se determinaron los pueblos a él sujetos: San Lorenzo Atezcapan, San Miguel Tlatécac, San Mateo Tenango, San Sebastián Chimalpan, Santa María Coatlan, San Francisco Mazatlan, San Martín Teocalco, San Pedro Tlaxincan, Santiago Tolman, San Andrés Oxtopachocan, Los Tres Reyes Atícpac, San Antonio Tlacomulco, San Agustín Cohuayocan, San Luis Xihquemecan y San Juan Tlaylotlacan (Munch 1976: 14).

De gran importancia para comprender el escenario territorial en el que se ejercía el poder son las disposiciones testamentarias de Don Francisco Verdugo Quetzalmalitzin, que nos permiten ver los tipos de posesión de las tierras del cacicazgo y nos muestran la gran fragmentación existente, no tanto en los usos pero sí en las propiedades. Se distinguen, de este modo, seis tipos de posesión de la tierra: las del pueblo de Teotihuacan, para que sus descendientes las poseyeran como patrimonio señorial, junto con las tierras denominadas *altepetlalli* y las de los siete *calpulli* que se llamaban *calpullalli*, sobre las cuales tributaban los *macehuales*; las tierras que llamaban *tecpantlalli*; el grupo de tierras y sementeras localizadas en diferentes lugares; el tributo de Çacatla y Tlacaxoloc, los *tecpan* o casas localizadas en otros lugares; y, finalmente, unas tierras con nombre variables según su uso (Pérez Pérez 2013: 34).

Es posible considerar la división de la propiedad de las tierras como parte del proceso de fragmentación del todo urbano que el Valle sufrió durante el período Clásico y que se prolongó durante los inicios de la Colonia. Gibson (2003) nos proporciona algunos datos sobre los tributarios del Valle y cómo los productos y el comercio local fueron cambiando, progresivamente, a medida que se integraban en el sistema colonial, incorporando la moneda en el comercio y nuevos productos, como las pieles de animales de origen hispánico o la lana, aunque sin llegar a perder antiguas producciones como el pulque. En 1560, menciona que Teotihuacan tenía cerca de 1400 tributarios, mientras que, en 1563, 200 trabajadores indígenas, reservados para el gobernador y los señores principales del Valle, se convirtieron también en nuevos tributarios (Gibson 2003: 69, 203).

El tributo se fue implantando progresivamente a lo largo del siglo XVI, atendiendo a los intereses de los encomenderos y de la Corona pero también a la producción de cada uno de los territorios y los intereses de las élites indígenas. Un ejemplo lo proporcionan los tributos que el Tlatoani de Teotihuacan ingresaba según documentos coloniales (Hodge 1991: 120-121), en donde resulta interesante señalar la presencia de algunos productos nuevos, como las mantas de lana, la plata o los pantalones, que muestran el proceso de adaptación y transformación de la sociedad indígena.

**Ingresos del Señor de los pueblos dentro del territorio teotihuacano:**

Provisiones diarias para el Palacio:

7 fanegas de maíz, 40 aves, 280 semillas de cacao, 7 cajones de tomate, 7 cajones de chiles, 700 medidas de chiles, 7 cajas de calabazas, 7 medidas de sal, 30 cargas de madera.

Trabajo diario para el Palacio:

70 mujeres para moler maíz, 7 cargadores de agua, 32 hombres para trabajar las milpas del Señor.

Provisiones no diarias (Intervalo no especificado):

1 medida (+ de 630) de semillas de cacao, 1 fardo (+ de 5) de mantas de lana, 6 fardos de mantas grandes, 5 fardos de mantas blancas de algodón y maguey, 10 fardos de mantas blancas, 7 mantas de ropas de maguey, 1 puñado (+ de 10) de pieles, 6 fardos de semillas de mostaza, 72 aves, 140 cargas de ocote, 120 esteras, 60 asientos de lana, 10 conjuntos de cestos, molcajetes, 10 ollas, 1 conjunto de platos, 2 conjuntos de jarras.

Trabajo no diario:

Mano de obra, Cargadores

**De Pueblos fuera del territorio teotihuacano (periodicidad no específica):**

Bienes: sábanas grandes, ropas de pieles, sandalias, faldas, mandiles, blusas, pantalones, arcos y flechas, porras y escudos, plata, jade, pieles, aves, semillas de cacao, chiles, piñones, sal, madera, ocotes.

Trabajo: Trabajar y atender las tierras y bosques del Tlatoani.

Durante parte del siglo XVI el tributo indígena financiaba diversas instituciones, tales como el corregimiento y la propia encomienda, aunque no necesariamente a partes iguales. El corregimiento de Teotihuacan incorporaba, además, las poblaciones de Tepexpan y Temascalapa, consideradas como de cuarta clase (Gibson 2003: 100). Sin duda alguna, el financiamiento y la cuestión del tributo fue capital para el mantenimiento del cacicazgo más que la vinculación simbólica con la antigua 'Ciudad de los Dioses'. La descripción de los productos, bienes y servicios involucrados en el tributo nos muestra una finalidad mayoritaria para su uso cotidiano.

En 1580, fecha en la que se realizó el Mapa de las Relaciones Geográficas por encargo de Felipe II, falleció Doña Ana Cortés Ixtlilxochitl, y a su hija Doña Francisca Christina Verdugo le correspondió defender los intereses del cacicazgo, inaugurando una serie de pleitos y conflictos por su posesión que duraría hasta el siglo XIX (Munch 1976: 19-20; Gibson 2003: 87). Si bien algunos autores como Venegas proponen que la implantación de la estructura político-administrativa territorial en el Valle fue fuente de conflictos continuados (Venegas 1971), lo cierto es que se mantiene la legitimidad del poder local y los conflictos son reducidos a los pleitos derivados entre los sucesivos caciques de la

Casa de Alva por posesionarse de las tierras baldías concedidas por la Corona a los indios a cambio que las trabajasen.

Entre finales del siglo xvi y principios del xvii hubo un nuevo intento por volver a instaurar las ‘Congregaciones de Indios’ que ya se habían llevado a cabo en la Nueva España anteriormente para reunir a la población indígena dispersa tras las fuertes pérdidas ocasionadas por las guerras y las epidemias, y controlarlas, explotarlas y evangelizarlas más eficientemente (Gerhard 1977), lo que dio lugar a que, en 1603, en el valle de Teotihuacan se realizara un reacomodo de la población y su redistribución en diferentes pueblos: Teotihuacan, Actopan, Temascalapan, Teopancalco, Tecalco, Macuixco el Alto, Santa Ana Santiago, Texompa, San Martín, San Lorenzo Atezcapan, Zacualuca y San Sebastián Chimalpa (Munch 1976: 22).

Los resultados de esta política no fueron evidentes en un primer momento y se puede decir que no fue hasta 1650 cuando se dio la consolidación de dicho modelo en el territorio. Sin duda alguna, esta situación contribuyó a la apropiación de los terrenos desocupados por parte de los caciques y los españoles, creando situaciones puntuales de tensión más que conflictos.<sup>8</sup>

En este marco aparece uno de los personajes claves de la historiografía mexicana que se encuentra vinculado, directamente, con la historia del cacicazgo de San Juan Teotihuacan, Don Fernando de Alva Ixtlilxochitl (1568-1648), descendiente del linaje indígena de Texcoco y miembro de la nueva nobleza novohispana que buscaba su visibilidad política así como su sustentabilidad económica. Siendo nieto del cacique indígena Francisco Verdugo Quetzalmamalitzin, Don Fernando de Alva Ixtlilxochitl y sus allegados se encontraron inmersos en los diversos pleitos y demandas sobre las tierras y lindes vinculadas al cacicazgo de San Juan Teotihuacan. Pocos años después, otro personaje ilustre de la sociedad novohispana, Don Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700), también se involucraría en cuestiones judiciales vinculadas al cacicazgo. El posteriormente denominado ‘padre de la arqueología mexicana’ era miembro y leguleyo del séquito que procedió a la toma de posesión de las tierras pertenecientes –oficial y oficiosamente– al cacique Don Juan de Alva. Esta actuación provocó que fueran puestos varios pleitos contra esta toma de posesión de tierras y contra el propio Don Carlos por parte de los indígenas y parientes de Don Juan. Ello nos lleva a reconsiderar la propia figura de Don Carlos de Sigüenza que, aunque ha sido tradicionalmente tratado de forma benévola por la historiografía mexicana, su papel en los dimes y diretes de la

8 Una somera revisión de la documentación histórica en el Archivo General de la Nación de México (AGN) no permite percibir la complejidad de las relaciones entre los aparceros de las tierras y la institución del cacicazgo, pero no parece que requirieran de mayor violencia más allá de los instrumentos habituales de dominación existentes entre los señores y los sujetos a ellos. Tampoco tenemos evidencias que la población del valle fuera complementada con poblaciones llegadas de otros lados. En todo caso, es un tema poco estudiado tal como hemos mencionado anteriormente.

Casa de Alva no fue, cuando menos, inocente, llegando a provocar que se prohibiera la intromisión del descendiente de Don Juan de Alva en los asuntos del cacicazgo.<sup>9</sup> La documentación de la toma de posesión del cacique Don Juan así como la de sus descendientes nos ofrece una detallada descripción de las tierras, con sus topónimos, usos y propiedades, que nos remite a una realidad fragmentada del territorio urbano teotihuacano como parte de un proceso continuado acaecido desde el colapso de la urbe clásica.<sup>10</sup>

### Discusión y resultados

Este trabajo es un primer acercamiento a un estudio más global de la historia del valle de Teotihuacan durante el periodo colonial temprano que intenta combinar datos procedentes de la historia y la arqueología para crear un diálogo interdisciplinar que dote de coherencia una realidad histórica sumamente compleja. Las limitaciones de las fuentes históricas, como hemos visto, pueden ser complementadas con el estudio de la cultura material y viceversa. Mientras que las fuentes históricas han hecho especial énfasis en describir la historia política y de las élites, la arqueología ha permitido acercarnos a la vida cotidiana de los habitantes del Valle. Sin embargo, cada una por separado nos ofrece un escenario sesgado de la realidad, mientras que, por el contrario, la integración de ambas nos permite aproximarnos a su complejidad social. Asimismo, uno de los factores que puede enriquecer dicho estudio es la visión y el acercamiento propio que desde la arqueología se hace de los datos históricos.

El cambio cultural en Teotihuacan en el siglo XVI hasta la primera mitad del siglo XVII no parece, por las fuentes históricas y arqueológicas, que haya supuesto una gran alteración en la vida cotidiana de los grupos indígenas locales. Cierto es que parte de la documentación analizada se refiere a los pleitos habidos entre el cacique y los indígenas, pero no tenemos evidencias de la existencia de grandes revueltas o de conflictos mayores que requirieran de medidas represivas de gran impacto. Es posible que la dispersión de

9 Guido Munch (1976: 32) disculpa la figura de Don Carlos de Sigüenza y Góngora como causante de los pleitos que la población indígena tuvo a consecuencia de las tomas de posesión realizadas por él en nombre del cacique Don Juan de Alva. La alianza entre ambos personajes parece forjarse por la conjunción de intereses personales. Así, mientras que Don Carlos accedía a la documentación familiar de la Casa de Alva (entre cuyos documentos se encontraban los manuscritos y textos del ilustre antepasado de los Alva, Don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl), Don Juan obtenía los servicios del propio Don Carlos como abogado y miembro ilustre de la sociedad novohispana. Este vínculo desapareció con la muerte de Don Juan porque su descendiente, Don Francisco de Alva, prohibió que Don Carlos siguiera entrometiéndose en los asuntos del cacicazgo (AGN, Vínculos y Mayorazgos, vol. 232, exp. 4, f. 86).

10 En 1757, Don Francisco de Alva Cortés, sucesor de Don Diego de Alva Cortés, presentó los títulos de propiedad relatando toda la genealogía de sus ancestros y los usos de las tierras por entonces. “Se dio con efecto la posesión del cacicazgo y Señorío comprendiéndose en ella los ojos de agua, manantiales con árboles, montes, piedras, magueyes, nopales y los tecpan o palacios arruinados que fueron de sus mayores así Christianos como Gentiles” (AGN, Vínculos y Mayorazgos, vol. 233, exp. 2, f. 18).



la población en el Valle y que el poder político local fuera limitado y dependiente de Texcoco influyera en ello, puesto que, de hecho, el poder local de raíz acolhua permaneció en el territorio a lo largo del tiempo, siendo finalmente los herederos de la casa real texcocana los que obtuvieron el rango de caciques de Teotihuacan hasta el día de hoy, en el que el apellido Alva sigue siendo muy común en todo el Valle, sobre todo en la zona de Santa María Palapa.

En este periodo inicial de la implantación de la Colonia en la zona, en los textos y en los restos arqueológicos se puede observar la permanencia –sin excesivos cambios– de las dinámicas que ya se estaban produciendo desde la caída de Teotihuacan a finales del periodo Clásico, manteniéndose el proceso de fragmentación del territorio y su ruralización frente al ámbito urbano que había dominado anteriormente. De igual modo, la presencia española tampoco transformó radicalmente la economía, que siguió produciendo y consumiendo los mismos productos, salvo alguno específico requerido en el mercado colonial, ni la vida cotidiana de la sociedad indígena, que continuó trabajando y tributando como lo había hecho en el pasado y que, solamente, vieron incrementar el número de sus señores.

El proceso de implantación de la administración de la Nueva España se realizó sin que, aparentemente, se importunara –o le importara– demasiado a la población local, dado que fundamentalmente se centró en la aplicación de normas dedicadas al comercio y a la organización del territorio. Esta es la situación que parece darse a lo largo del siglo XVI hasta el establecimiento de las Congregaciones en 1603, aunque tampoco parece que tuvieran demasiada trascendencia para la población indígena, al menos durante un primer momento. Es posible, a tenor de los datos encontrados en el cementerio de la Iglesia de San Miguel Axaloapan, que las epidemias del periodo de 1550 a 1650 hayan tenido un mayor efecto en la reorganización de la población en el Valle que las propias normativas virreinales.

Visto desde la arqueología, la imagen hispanizada que ofrece el Mapa de las relaciones geográficas de 1580 debe de acompañarse de una cultura material básicamente indígena. Según la descripción de las tierras y sus usos en los correspondientes pleitos no hay productos de interés económico para las élites novohispanas. En aquellos momentos la tierra teotihuacana producía, sobre todo, nopaleras, magueyales, algo de maíz (seguramente para el autoconsumo) y pastos para el ganado. Es decir, prácticamente el mismo escenario que se observa en las primeras fotografías que se tomaron a finales del siglo XIX. Es posible que el hecho de que no tuvieran ningún bien de prestigio para el nuevo orden económico hiciera que esta zona no fuera de tanto interés, a parte de la propia tributación indígena, para los recién llegados.

La Conquista, por tanto, consolida un proceso que se había iniciado con el colapso del sistema urbano teotihuacano en el Clásico. Los pleitos de tierras nos muestran la fragmentación del territorio y la manera que tuvieron las élites novohispanas y las

poblaciones locales para, por un lado, acaparar las tierras, y por otro, defender el antiguo/nuevo orden de propiedad. Los pleitos ponen de manifiesto la versión oficial de los caciques y sus descendientes pero, asimismo, nos proporcionan una visión del territorio contrastable después con los estudios arqueológicos. El uso de topónimos, por ejemplo, de tradición náhuatl, perdura hasta hoy en día, y las descripciones y comentarios sobre los *tecpan*, los palacios y las casas reales de los gentiles (tal como mencionan las fuentes) se pueden identificar en el registro arqueológico.

La realidad de la sociedad novohispana en construcción fue poliédrica, y la posibilidad de contrastar las fuentes documentales y la arqueología entre sí nos abre nuevas posibilidades para acercarnos al pasado de sus poblaciones. Es importante enfatizar la importancia de contextualizar los textos, de la misma manera que, habitualmente, se hace con la cultura material, aunque teniendo siempre en cuenta que ambas fuentes forman una pequeña parte del total de la realidad histórica. Del mismo modo que en arqueología no podemos contar con todo el reflejo de la cultura material generada en el pasado –aunque la involuntariedad y aleatoriedad de su origen objetiva la información que nos proporciona– lo mismo sucede con la documentación conservada, que apenas nos ofrece un sesgo de lo escrito en la época, limitado por el tiempo transcurrido y por su intrínseco carácter subjetivo y parcial, que prioriza una perspectiva eurocéntrica de la realidad y considera solamente aquellos aspectos importantes para quienes los redactaron y oculta aquellos otros que, como la vida cotidiana de los indígenas, estima irrelevantes.

De este modo, aunque tengamos la obvia certeza, por ejemplo, que los indígenas del Valle utilizaban instrumentos y cerámicas en su vida diaria, poco de ello queda reflejado en los textos; mientras que un estudio arqueológico nos permitirá no solo observar qué usaban sino cuál era su procedencia y distribución, el grado de aculturación que hubo, los posibles usos, etc., entre otros muchos aspectos. Es decir, lo que cambió y perduró tras la llegada de los españoles, incrementando considerablemente nuestro conocimiento de una realidad que si a nivel macro fue descrita en la documentación colonial, a nivel micro es prácticamente una gran desconocida.

Los estudios arqueológicos afirman, complementan, verifican o, incluso, desmienten, la información documental, dado que de una manera implícita realizan una visión crítica de los textos al confrontarlos con la materialidad, al mismo tiempo que permiten contestar algunas cuestiones que, de otro modo, quedarían sin respuesta. Es por ello metodológicamente necesario alcanzar una verdadera integración interdisciplinar de la información, un análisis crítico y complementario y una perspectiva de largo alcance que nos aleje de la interpretación puntual de los objetos hacia el papel que éstos representaron en el pasado y que nos permita explicar los procesos que en estas sociedades se dieron, algunos de los cuales venían produciéndose desde mucho tiempo antes de la conquista española y continuaron durante el periodo colonial.

La interdisciplinariedad no es, por tanto, una epistemología en sí misma sino una metodología de investigación científica (Tamayo 2003), un proceso dinámico que aborda una cuestión sin fragmentarla por medio de un método que, al poder entenderse de forma conjunta, se transforma en un ejercicio de complementariedad, convergencia y retroalimentación (Boehm 2000) que asume un único objetivo e integra, finalmente, las conclusiones e interpretaciones de cada uno de los estudios. De este modo, la investigación se organiza en dos niveles jerárquicos. En un primer nivel se define el objeto de estudio y el objetivo común por encima de los objetivos individuales –que, por supuesto, también pueden coexistir– y se coordina la cooperación y la transferencia de métodos y de datos de una disciplina a otra, aunque cada una de ellas conserve su propia autonomía epistemológica (Tamayo 2003). En un segundo nivel se encuentran, propiamente, las disciplinas interrelacionadas, los resultados de las cuales se integran con el fin de corroborar, objetar o completarse unos con otros.

Esta complementariedad es posible, precisamente, porque la historia y la arqueología son informaciones de distinta naturaleza que nos remiten a diferentes aspectos de las sociedades pretéritas, por lo que de este bucle de interacción e integración se desprenden nuevas informaciones y cuestiones a resolver. Esta integración es especialmente relevante porque nuestras interpretaciones del pasado se encuentran matizadas y condicionadas por nuestro presente. Es decir, el significado de los restos arqueológicos que encontramos no siempre se corresponde con lo que realmente fueron o significaron en su momento. De igual modo, la información documental viene sesgada por nuestra propia selección de los textos. “Toda historia es elección”, escribió Lucien Febvre (1986: 20).

En este sentido, la información de los textos y la interpretación de la información arqueológica se encuentran claramente relacionadas con dos miradas sobre un mismo aspecto pero realizadas en momentos históricos distintos. Por este motivo, por más obvio que nos pueda parecer un hallazgo, su función o significado, necesitamos conocer –si ello es posible– lo que de él se sabía en el momento en que se produjo. De este modo, si la arqueología es fundamental para centrar el discurso narrativo de los textos en la materialidad y alejar su lectura de la literalidad subjetiva, éstos son igual de importantes para interpretar correctamente y entender en su complejidad los restos arqueológicos.

Sin embargo, es un error utilizar los textos históricos y la información arqueológica exclusivamente para confirmar o refutar unos u otros o rellenar los vacíos de información existentes, sino que, por el contrario, debemos de intentar considerarlas como fuentes complementarias y entender que tanto las semejanzas como las discrepancias que pueda haber entre ellas nos aportan, en su conjunto, una valiosa información sobre el pasado, sobre aquello que encontramos y sobre lo que nos falta por investigar (Leone & Potter 1988: 13-14). Es decir, es preciso utilizar una u otra fuente “to interrogate, deconstruct, or illuminate the other” (Wilkie 2012: xxi).

## Referencias bibliográficas

- Abejez, Luis J.  
 2011 Arqueología y política. La incorporación de los grupos indígenas al discurso del patrimonio. En: Dalla Corte, Gabriela, Pilar García, Jordán Javier Laviña, Natàlia Moragas, Ricard Piqueras, José Luis Ruiz-Peinado & Meritxell Tous (coords.): *Sociedades diversas, sociedades en cambio. América Latina en perspectiva histórica*. XII Encuentro-Debate, América Latina Ayer y hoy (Noviembre de 2009). Barcelona: Universitat de Barcelona, 8-17.
- Acuña, René  
 1985 Relación de los pueblos de Tequisistlán, y Tepexpan, Aculma y San Juan Teutihuan, y sus sujetos [por...; escribanos Juan de Vera, Benito Martínez y Francisco de Castañeda, mp., 1580]. En: Acuña, René (ed.): *Relaciones geográficas del siglo XVI*, Tomo 2. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 223-232.
- Aguirre Beltrán, Gonzalo  
 1946 *La población negra de México*. México, D.F.: Ediciones Fuente Cultural.  
 1958 *Cuijla. Esbozo etnográfico de un pueblo negro*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Alva Ixtlilxochitl, Fernando de  
 2006 *Visión de la Conquista*. Colección Centzontle. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Andrade, David  
 2006 Tomo II: Excavaciones en San Juan Evangelista; S1W6, Exp. 016/06; 65 págs., 8 planos, 64 dib., 105 fotocopias. En: Ortega Verónica et al.: *Informe técnico 2006: Excavaciones, peritajes y análisis de materiales arqueológicos*. Informe entregado al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH).
- Binford, Lewis  
 1962 Archaeology as anthropology. *American Antiquity* 28(2): 217-225. <<http://dx.doi.org/10.2307/278380>>.
- Boehm, Brigitte  
 2000 El péndulo interdisciplinario, arqueología, etnohistoria y anexas. *Relaciones, Revista de El colegio de Michoacán* 21(82): 119-156. <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=13708206>> (20.12.2017).
- Bullock, William  
 1824 *Six months' residence and travels in Mexico; containing remarks on the present state of New Spain, its natural productions, state of society, manufactures, trade, agriculture, and antiquities, &c.: with plates and maps*. London: John Murray.
- Butzer, Karl W.  
 1982 *Archaeology as human ecology*. New York: Cambridge University Press.
- Carrasco, Pedro  
 1974 Sucesión y alianzas matrimoniales en la dinastía teotihuacana. *Estudios de Cultura Nahuatl* 11: 235-241. <<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/revistas/nahuatl/pdf/ecn11/153.pdf>> (20.12.2017).  
 1996 *Estructura político-territorial del Imperio Tenochca. La triple alianza de Tenochtitlan, Tetzaco y Tlacopan*. México, D.F.: El Colegio de México/Fideicomiso Historia de las Américas/Fondo de Cultura Económica.

- Carrera Stampa, Manuel  
 1968 Relaciones geográficas de la Nueva España siglos XVI y XVIII. *Estudios de Historia Novohispana* 2: 233-261. <<http://www.revistas.unam.mx/index.php/ehn/article/view/3212>> (20.12.2017).
- Carroll, Patrick J.  
 1991 *Blacks in colonial Vera Cruz. Race, ethnicity, and regional development*. Austin: University of Texas Press.
- Carver, Martin, Henry Chapman, Barry Cunliffe, Tom Hassall, M. Debditch, Andrew Lawson, Ian Longworth, Richard Morris, David Phillipson, John Schofield & Geoffrey Wainwright  
 1992 Archaeological publication, archives and collections: Towards a national policy. Supplement to *British Archaeological News* 7(2). York: Society of Antiquaries and the Museums Association.
- Chang, Kwang Chih  
 1967 *Rethinking archaeology*. New York: Random House.
- Charlton, Thomas H.  
 1970 El valle de Teotihuacan: cerámica y patrones de asentamiento, 1520-1969. *Boletín INAH* 41: 15-23.  
 1972 *Post-conquest developments in the Teotihuacan valley, Mexico. Part 1: Excavations*. Iowa City: University of Iowa.
- Charlton, Thomas H. & Patricia Fournier  
 1993 Urban and rural dimensions of the contact period: Central Mexico, 1521-1620. En: Rogers, J. Daniel & Wilson, Samuel M. (eds.): *Ethnohistory and archaeology. Approaches to postcontact change in the Americas*. New York: Plenum Press, 201-220.
- Charlton, Thomas H., Cynthia L. Otis Charlton & Patricia Fournier  
 2005 The basin of Mexico A.D. 1450-1620. Archaeological dimensions. En: Kepecs, Susan & Alexander, Rani T. (eds.): *The Postclassic to Spanish-era transition in Mesoamerica. Archaeological perspectives*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 49-63.
- Cowgill, George  
 2015 *Ancient Teotihuacan. Early urbanism in Central Mexico. Case study in early societies*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Cressey, Pamela J.  
 1974 *Post-conquest developments in the Teotihuacan valley, Mexico. Part 4. The early colonial obsidian industry*. Iowa City: University of Iowa.
- Fernández Dávila, Enrique & Susana Gómez Serafin (eds.)  
 1998 *Primer congreso nacional de arqueología histórica: memoria (Oaxaca, 1996)*. México, D.F.: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA)/Instituto Nacional de antropología e Historia (INAH).
- Febvre, Lucien  
 1986 *Combates por la historia*. Barcelona: Planeta-Agostini.
- Fournier, Patricia  
 2003 Historical archaeology in Mexico: A reappraisal. *SAA Archaeological Record* 3(4): 18-19. <<http://www.saa.org/Portals/0/SAA/Publications/thesaaarchrec/sep03.pdf>> (20.12.2017).

- Fournier, Patricia & Miranda, Fernando  
 1992 Historic sites archaeology in México. *Historical Archaeology* 26(1): 75-83.
- Fournier, Patricia & Charlton, Thomas H.  
 1996-1997 Patrones arqueológicos de diferencias socioétnicas en Nueva España: Contrastes urbanos y rurales. *Revista Colombiana de Antropología* 33: 55-83.  
 2008 Negritos y pardos: hacia una arqueología histórica de la población de origen africano en la Nueva España. En: López Aguilar, Fernando, Walburga Wiesheu Forster & Patricia Fournier García (coord.): *Perspectivas de la investigación arqueológica*. Vol. III. México, D.F.: Programa del Mejoramiento del Profesorado (PROMEP)/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA)/Escuela Nacional de Arqueología e Historia (ENAH), 201-234.
- Gamio, Manuel  
 1979 *La población del valle de Teotihuacan*. 5 volúmenes. México, D.F.: Instituto Nacional Indigenista (INI).
- García Moll, Roberto  
 2000 Arqueología histórica. *arqueología Mexicana* 7(46): 20-21.
- Garraty, Christopher P.  
 2000 Ceramic indices of Aztec eliteness. *Ancient Mesoamerica* 11(2): 323-340.  
 2006a Aztec Teotihuacan: Political processes at a postclassic and early colonial city-state in the Basin of Mexico. *Latin American Antiquity* 17(4): 363-387.  
 2006b The politics of commerce: Aztec pottery production and exchange in the basin of Mexico, A.D. 1200-1650. Tesis de doctorado. Department of Anthropology, Arizona State University, Tempe. <<https://core.tdar.org/document/5647/the-politics-of-commerce-aztec-pottery-production-and-exchange-in-the-basin-of-mexico-ad-1200-1650>> (20.12.2017).
- Gerhard, Peter  
 1977 Congregaciones de indios en la Nueva España antes de 1570. *Historia mexicana* 26(3): 347-395. <<http://historiamexicana.colmex.mx/index.php/RHM/article/view/2776>> (20.12.2017).
- Gibson, Charles  
 2003 *Los Aztecas bajo el dominio español 1517-1810*. México, D.F.: Siglo XXI.
- González Gamio, Ángeles  
 2003 *Manuel Gamio. Una lucha sin final*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).
- González-Ruibal, Alfredo  
 2006 Experiencia, narración, personas: elementos para una arqueología comprensible. *Complutum* 17: 235-246. <<http://revistas.ucm.es/index.php/CMPL/article/view/CMPL0606110235A>> (20.12.2017).
- Gruzinski, Serge  
 1996 Los indios de México frente la Conquista Española: del caos a los primeros mestizajes. En: Rostkowski, Joëlle & Silvie Deveres (eds.): *Destinos cruzados: cinco siglos de encuentros con los amerindios*. México, D.F.: Siglo XXI, 46-62.
- Harrington, Jean Carl,  
 1952 Historic site archaeology in the United States. En: Griffin, James Bennet (ed.): *Archaeology of eastern United States*. Chicago: University of Chicago Press, 295-315.

- Hernández Pons, Elsa  
 1998 Arqueología histórica en México: antecedentes y propuestas. En: Fernández Dávila, Enrique & Susana Gómez Serafín (eds): *Primer congreso nacional de arqueología histórica: memoria (Oaxaca, 1996)*. México, D.F.: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA)/ Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), 1-26.
- Hill Boone, Elisabeth  
 2000 *Stories in red and black: Pictorial histories of the Aztecs and Mixtecs*. Austin: University of Texas Press.
- Hodder, Ian  
 1988 *Interpretación en arqueología: corrientes actuales*. Barcelona: Crítica.
- Hodge, Mary G.  
 1991 Land and lordship in the valley of Mexico: The politics of Aztec provincial administration. En: Harvey, Herbert R. (ed.): *Land and politics in the valley of Mexico. A two-thousand year perspective*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 113-139.
- Jack, Ian  
 1993 Historical archaeology and the historian. *Australasian Historical Archaeology* 11: 130-138. <[http://www.asha.org.au/pdf/australasian\\_historical\\_archaeology/11\\_04\\_Jack.pdf](http://www.asha.org.au/pdf/australasian_historical_archaeology/11_04_Jack.pdf)> (20.12.2017).
- Klejn, Leo S.  
 1993 *La arqueología soviética. Historia de una escuela desconocida*. Barcelona: Crítica.
- Leone, Mark P. & Parker B. Potter  
 1988 Introduction: Issues in historical archaeology. En: Leone, Mark P. & Parker B. Potter (eds.): *The recovery of meaning*. Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press, 1-22.
- Little, Barbara  
 1994 People with history: An update on historical archaeology in the United States. *Journal of Archaeological Method and Theory* 1(1): 5-40.
- Lockhart, James  
 1999 *Los nahuas después de la Conquista. Historia social y cultural de los indios del México central, del siglo XVI al XVIII*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- López Luján, Leonardo  
 1993 *Las ofrendas del Templo Mayor*. México, D.F.: Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH).
- Lorenzo, José Luis  
 1984 México. En: Cleere, Henry (ed.): *Approaches to the archaeological heritage: A comparative study of world cultural resources management systems*. Cambridge: Cambridge University Press, 89-100.
- Martínez Muriel, Alejandro  
 1988 La arqueología histórica del INAH. *Antropología, Nueva época* 22: 5-7.
- McClung de Tapia, Emily, & Adriano-Morán, Carmen Cristina  
 2012 Stable carbon isotopes applied to vegetation reconstruction in the Teotihuacan valley, Mexico. *Boletín de la Sociedad Geológica Mexicana* 64(2): 161-169. <[http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1405-33222012000200001&lng=es&tlng=en](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-33222012000200001&lng=es&tlng=en)> (20.12.2017).



- Millon, Rene, Bruce Drewitt & George Cowgill  
 1973 *The Teotihuacan map*. Austin: University of Texas Press.
- Montón, Sandra & Luis J Abejez  
 2015 ¿Qué es esa cosa llamada arqueología histórica? *Complutum* 26(1): 11-35. <<http://revistas.ucm.es/index.php/CMPL/article/view/49338>> (20.12.2017).
- Mooser, Federico  
 1968 Geología, naturaleza y desarrollo del valle de Teotihuacan. En: Lorenzo, José Luis (ed.): *Materiales para la arqueología de Teotihuacan*. Serie Investigaciones, 17. México, D.F.: Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), 29-37.
- Munch, Guido  
 1976 *El cacicazgo de San Juan Teotihuacan durante la Colonia 1521-1821*. México, D.F.: Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH).
- Noël Hume, Ivor  
 1964 Archaeology: Handmaiden to history. *The North Carolina Historical Review* 41(2): 214-225. <<http://www.jstor.org/stable/23517189>> (20.12.2017).
- Nutini, Hugo G.  
 1988 *Todos Santos en rural Tlaxcala. A syncretic, expressive and symbolic analysis of the cult of the dead*. Princeton: Princeton University Press.
- Otis Charlton, Cynthia L. & Th. H. Charlton  
 2007 Artesanos y barro: figurillas y alfarería en Otompan, estado de México. *Arqueología Mexicana* 83: 71-76.
- Pérez Pérez, Julia  
 2013 *San Lucas, un Altepemaitlen en el Señorío del Acolhuacan*. México, D.F.: Instituto de Investigaciones Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).
- Renfrew, Colin. & Paul G Bahn,  
 1993 *Arqueología. Teorías, métodos y práctica*. Madrid: Akal.
- Rodríguez-Alegría, Enrique  
 2008 Narratives of conquest, colonialism, and cutting-edge technology. *American Anthropologist* 110(1): 33-43.  
 2010 Incumbents and challengers: Indigenous politics and the adoption of Spanish material culture in colonial Xaltocan, Mexico. *Historical Archaeology* 44(2): 51-71. <<http://www.jstor.org/stable/27820835>> (20.12.2017).  
 2016 *The archaeology and history of Colonial México. Mixing epistemologies*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sahagún, fray Bernardino de  
 1981 *El México antiguo (selección y reordenación de la Historia General de las Cosas la Nueva España de Fray Bernardino de Sahagún y de los informantes indígenas)*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

- Sanders, William T. & Susan T. Evans  
 2001 The Teotihuacan valley and the Temascalapa region during the Aztec period. En: Sanders, William T. & Susan T. Evans (eds.): *The Teotihuacan Valley Project, final report, volume 5: The Aztec period occupation of the valley, Part 3, syntheses and general bibliography*. Occasional Papers in Anthropology, 27. University Park: Department of Anthropology, Pennsylvania State University, 931-1079. <<http://anth.la.psu.edu/documents/27TVP5.3AztecPeriodSynthesesandChronol.pdf>> (20.12.2017).
- Sanders, William T. & Kolb, Charles C.  
 1996 Urban and rural settlement in the Teotihuacan valley: A reconstruction. En: Sanders, William T. (ed.): *The Teotihuacan Valley Project, final report, volume 3: The Teotihuacan period occupation of the valley, Part 3, syntheses and general bibliography*. Occasional Papers in Anthropology, 27. University Park: Department of Anthropology, Pennsylvania State University, 654-729. <<http://anth.la.psu.edu/documents/21TVP3.3TeotihuacanPeriodSurfaceSurvey.pdf>> (20.12.2017).
- Sanders, William T., Jeffrey R. Parsons & Robert S. Santley  
 1979 *The basin of Mexico: The ecological processes in the evolution of a civilization*. Studies in archaeology. New York: Academic Press.
- Sarabia González, Alejandro  
 2003 *Desarrollo cultural en el noroeste de la cuenca de México, una perspectiva regional*. México, D.F.: Consejo de Arqueología/Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH).
- Seifert, Donna  
 1977 Archaeological majolicas of the rural Teotihuacan valley. México D.F.: Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH).
- Schiffer, Michael Brian  
 1988 The structure of archaeological theory. *American Antiquity* 53(3): 461-485. <<http://www.jstor.org/stable/281212>> (20.12.2017).
- Schuyler, Robert L.  
 1976 Images of America: The contribution of historical archaeology to national identity. *Southwestern Lore* 42(4): 27-39.
- Tamayo, Mario  
 2003 *El proceso de la investigación científica*. México, D.F.: Limusa/Noriega Editores.
- Tiesler, Vera, Pilar Zabala & Andrea Cucina (eds.)  
 2010 *Natives Europeans, and Africans in Colonial Campeche: History and Archaeology*. Gainesville: University Press of Florida.
- Torquemada, fray Juan de  
 2013 *Monarquía Indiana. De los veinte y un libros rituales y monarquía indiana, con el origen y guerras de los indios occidentales, de sus poblaciones, descubrimiento, conquista, conversión y otras cosas maravillosas de la misma tierra*. Vol. II, Libro Cuarto. México, D.F.: Instituto de Investigaciones Históricas/Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). <<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/monarquia/index.html>> (20.12.2017).
- Trigger, Bruce G.  
 1992 *Historia del pensamiento arqueológico*. Barcelona: Crítica.

Venegas Ramírez, Carmen

- 1971 La tenencia de la tierra en San Juan Teotihuacan y su distribución (época colonial). *Anales del Museo Nacional de México* 2: 323-332. <<https://revistas.inah.gob.mx/index.php/anales/article/view/7290>> (20.12.2017).

Wheeler, Mortimer

- 1961 *Arqueología de campo*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Wilkie, Laurie A.

- 2012 *The archaeology of mothering: An African-American midwife's tale*. New York: Routledge.

Wiltfang, Daniel A.

- 1975 Aztec and post conquest spindle whorls of the Teotihuacán Valley, México. Markers of technological change. México, D.F.: Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología del INAH. Manuscrito inédito.

Wolf, Eric R.

- 1982 *Europe and the people without history*. Berkeley: University of California Press.